

CAPÍTULO 36.

MUERTE Y ENTIERRO. ÁGATA EXIGE LOS BIENES DE TOMÁS MUNDETE, LACHMANN EL EXCRUTADOR DE ALMAS Y ALBINA SU INCREDELIDAD.



Cuando una hora más tarde llegó a la estación, se encontró allí un gran alboroto. Había llegado la noticia de un terrible accidente: el tren de pasajeros que iba a Berlín había chocado contra el expreso Bruselas-Berlín, en una de las estaciones del trayecto. Se decía que unas veinte personas o tal vez más habían perecido. A Lachmann le temblaron las rodillas. Corrió a la taquilla. -¿sabe usted si un señor alto, muy alto, con traje de etiqueta, viajó a Berlín en el tren del accidente?

El empleado lo examinó de arriba abajo. -¿Un señor sin sombrero? ¿con la nariz roja? Sí, él compró un boleto.

Lachmann salió corriendo de allí. Tenía que telefonar de inmediato al lugar del accidente. Pues ¿qué le había dicho el empleado? Tenía que preguntarle al hombre en el andén. Correcto.

-¿Salió un señor con traje de etiqueta, la cabeza descubierta y una nariz notablemente roja en el tren accidentado?

-Sí, señor. Me acuerdo muy bien. Sí se fue en el tren.

En la oficina del jefe de estación recibió información más precisa. -Veinte muertos, muchos heridos. No entre los muertos reconocibles no hay ninguno de nombre Mundete, ni tampoco Müller. Pero, en parte, los cadáveres deben estar mutilados y muy desfigurados. Espere usted, voy a preguntar... No, entre los sobrevivientes no está el señor Mundete. Lo mejor será que se vaya usted en el tren auxiliar, que saldrá dentro de media hora. ¿Usted es médico, no es cierto?

Lachmann asintió con un movimiento de cabeza. -¿Puedo comunicarme con Berlín?

El jefe de estación alzó los hombros. -Eso es completamente imposible.

Lachmann se mordió los labios, luego paso por su mente la idea de usar la llave infalible para los imposibles de los empleados.

-El señor Mundete es amigo íntimo del Príncipe Víctor. Su Alteza real va a enfadarse mucho. Me envió expresamente...

-Voy a ver qué puede hacerse. ¿Con quién quiere hablar? -le dijo el empleado.

-Hotel Continental, cuarto 23.

Unos minutos después tenía la comunicación. Ágata prometió ir de inmediato.

Los trenes de Berlín y Ebers se encontraron casi al mismo tiempo en el lugar del accidente, de manera que Lachmann pudo ayudar a Ágata a bajarse. No hablaron una sola palabra, sino que se lanzaron de inmediato a la búsqueda. Curiosamente, Lachmann no soltaba su sombrero de copa bajo el brazo izquierdo, mientras que con el derecho conducía a Ágata. La nariz de ella era tan puntiaguda y delgada que podría pensarse que le había quebrado el pico a un pájaro, pera pegárselo en su propia cara.

Se confirmó que un señor alto se encontraba aun en el tren en la estación anterior a ese lugar. Podía ser que hubiera estado vestido de color negro. ¿La nariz roja? Sí, tal vez. O también, no. No se sabía. El

accidente había sido horrible en uno de los carros, a causa de una explosión de gas.

En una bodega habían colocado los cadáveres. La mayoría estaban aun irreconocibles, solo a la izquierda junto a la entrada había dos cuerpos de mujer irreconocibles y, allí junto, estaban los restos medio carbonizados de un hombre, completamente desfigurado de la cintura para arriba y de los brazos.

Ágata permaneció titubeante de pie, mientras Lachmann trataba, en vano, de obtener algún dato de las formas del hombre; entonces ella tragó saliva un par de veces, como si quisiera hablar y no pudiera, levantó luego el dedo con el fin de señalar un reloj medio aplastado, que se encontraba junto al cadáver.

Lachmann le soltó el brazo y se inclinó. En la tapa del estuche había un monograma esmaltado con letras. Lachmann se agachó aún más y examinó cuidadosamente el reloj, se incorporó y dijo sin mirar a Ágata: -A. M.

-Yo misma se lo regalé -la voz de Ágata sonaba seca, sofocada.

Lachmann cambió su punto de apoyo de una pierna a la otra, se inclinó de nuevo, levantó el reloj y luego lo volvió a colocar en el mismo sitio. De repente, se agachó sobre el cadáver y le quitó la ropa quemada de las piernas.

-¿Qué haces? -le preguntó Ágata.

-Tiene que tener una cicatriz en algún lado en la pierna, de un accidente de cacería... Allí -señaló una vieja y profunda cicatriz muy cercana a la rodilla derecha.

-Sí, me acuerdo -dijo Ágata-. Alguna vez habló de ella -ella miró un instante el cadáver, después se enderezó y dijo: ¡Vámonos! Es Augusto -antes de hacer ninguna rectificación, se dirigió a la oficina de guardia y asentó en el acta-: El tercer cadáver a la izquierda de la entrada es el de mi hermano Augusto Müller de Bäuchlingen.

Luego se fue a la sala de espera, enseguida por Lachmann, se sentó allí y esperó la salida del tren para Berlín. Durante todo el viaje no habló una sola palabra, y ya en el elevador del hotel dijo: -Para Albina esto es una suerte. De repente es una muchacha rica y podrá casarse.

Lachmann la miraba sorprendido, pero antes de que hubiera podido decir cualquier cosa, ella se marchó con estas palabras: -¡Buenas noches! Me voy a dormir de inmediato.

Después de cumplir con las formalidades legales del caso, se transportó el cadáver a Bäuchlingen. Lachmann acompañó a su prima para asistir al funeral y ayudarle en la cuestión de la herencia.

Albina se comportó muy extraña. Ni siquiera había saludado a su madre, cuando se puso a decir que no creía que su tío Augusto estuviera muerto. Era algún otro el que estaba en el negro ataúd, pero de ninguna manera el tío. Llena de odio observó a Ágata, dejó caer sus brazos sin ofrecerle la mano y se puso rígida cuando su madre intentó abrazarla.

Ágata alzó las cejas, examinó a su hija, se acomodó la cinta del sombrero y le dijo: -Parece ser que tú desees continuar con tu increíble comportamiento contra tu madre. Como tú quieras -se dirigió hacia Lachmann para tomarlo del brazo, pero vio que este trataba de convencer a Albina, entonces se dio la vuelta, abrió su sombrilla y se fue directamente a casa, sin hacer caso de los otros dos.

Se había planeado el entierro para esa misma tarde. Breitsprecher debía decir las honras fúnebres. Era su último acto oficial. Había decidido retirarse. Él mismo había recomendado al vicario Ende para ser su sucesor.

Durante la comida ocurrió un nuevo choque entre madre e hija. Albina exigía que se volviera a abrir el ataúd. -No creo que sea el tío y no lo creeré hasta haber visto y reconocido el cadáver con mis propios ojos.

Ágata apretó los labios fuertemente, su boca parecía una raya. De su bolsa de piel con el conocido broche de plata sacó el reloj y se lo puso a Albina frente a la nariz para decirle: -Allí está.

-Cualquiera puede tener un reloj de esos -replicó Albina y se metió a la boca un gran pedazo de carne, mientras las lágrimas le escurrían por las mejillas.

Ágata se cruzó de brazos, se arrellanó en la silla y miró enojada la boca de su hija.

-Nena -se entremetió Lachmann-, no hay ninguna duda de que sea el tío Augusto.

-Bien puede ella dejar que se abra la caja. Cuatro ojos ven más que dos -prorrumpió Albina con terquedad, cortaba la carne como si tuviera a su madre debajo del cuchillo.

-El ataúd permanecerá cerrado -dijo Ágata, se incorporó y dio un golpe tan fuerte sobre la mesa que parecía querer sostener con todas sus fuerzas la tapa del féretro.

-¿Por lo menos le buscaron la cicatriz?

-¿Qué cicatriz? -le preguntó severo Ágata.

-El tío tenía una profunda cicatriz muy grande arriba de la pierna -se había puesto roja y bajó los ojos.

-¿Cómo es que tú sabes que él tenía una cicatriz?

Albina vio atónita a su madre: -Pero, fuiste tú la que me lo contó, mamá. Ella me lo contó, tío Lachmann, ¿no es cierto?

-¡Ah, sí! -dijo secamente Ágata y después de unos instantes añadió:- La cicatriz está allí.

-Arriba, muy arriba en la pierna izquierda.

Ágata puso las puntas de los dedos sobre el plato. -Ya te dije que el cadáver es el de tu tío, y eso te basta. No admito ninguna réplica. El ataúd se queda cerrado y lo enterramos a las cuatro.

-Y yo no voy a su entierro -gritó Albina, dio un salto y se fue llorando de rabia, no sin antes dar un portazo tras ella.

Lachmann chifló entre los dientes.

-Buena la hiciste -dijo.

-Eso parece. Así que hasta luego -Ágata se alejó de allí murmurando.

A las cuatro de la tarde fue enterrado el cuerpo de Tomás Mundete. Grande fue la pena y primoroso el discurso de Breitsprecher.

En el camino de regreso a casa, Lachmann le preguntó a su prima: -¿Qué le pasa a la pequeña?

-No sé -fue la respuesta.

Lachmann se detuvo. -¿Consideras tú imposible que nos hayamos equivocado?

-¡Imposible! -dijo Ágata y siguió caminando.

-Oíste, ella dijo que la cicatriz de Augusto estaba en la pierna izquierda.

-La cicatriz está allí donde está -Ágata apretó las cintas de su sombrero.

Durante largo rato caminaron en silencio, luego habló Lachmann: -Por cierto, tal vez tú sabes si el Escrutador de almas de Augusto... ya sabes, la silueta de Goethe que él mismo me había prometido...

-Sí, ¿y?

-Él me contó que lo había vendido.

Ahora Ágata fue la que se detuvo, miró a su primo y le dijo: -Entonces, te mintió. La silueta está en el cajón derecho de su escritorio, la vi hace poco allí. Y si esa porquería te gusta, lo que no entiendo, puedes quedarte con ella.

Lachmann hundió la cabeza y se fue trotando con las manos en la espalda tras de Ágata.

-Sí -dijo él-, ese Augusto era bueno para fanfarronear.

Repentinamente Ágata rompió en fuertes sollozos, luego se contuvo para decir: -Diez Lachmann y diez Breitsprechers juntos y, muy a mi pesar, más diez Endes no se aproximan siquiera a lo que fue Augusto. Pero ninguno de ustedes lo entendió -se convirtió de pronto en una viejita encorvada, tomó a Lachmann por el brazo y se apoyó fuertemente en él, luego le dijo:- Me alegro de que estés aquí.

Cuando llegaron a la casa, se encontraron la puerta de Albina cerrada. Se había acostado.-

Volver a publicaciones de Georg Groddeck

Volver a News 1-ALSF